

.....

MANUEL ANTONIO BAEZA, *IMAGINARIOS SOCIALES. APUNTES PARA LA DISCUSIÓN TEÓRICA Y METODOLÓGICA*, Universidad de Concepción (serie Monografías), Concepción, Chile, 2003.

.....

POR PAULA SOTO VILLAGRÁN
Universidad de Concepción, Chile
paula.soto.v@gmail.com

Durante las últimas décadas ha existido una creciente preocupación de las ciencias sociales por insertarse en el campo investigativo de los imaginarios sociales, pues se ha reconocido que las dimensiones subjetivas, simbólicas y culturales, son constitutivas de la realidad social. Dentro de estos esfuerzos se enmarca el trabajo de Manuel Antonio Baeza, quien, en contra de lo que denomina el “dogmatismo objetivista” predominante en una parte importante de la sociología latinoamericana, asume la necesidad científico-social de elaborar un andamiaje teórico y metodológico sobre un tema fundamental para la sociedad: los imaginarios sociales. Muchas afirmaciones del autor se orientan en este sentido: “No hay ámbito humano en el cual los imaginarios sociales no estén presentes, de un modo u otro” (p. 46). “No es posible pensar o razonar sin imaginar, previo y/o conjuntamente” (p. 49). “Los imaginarios sociales en tanto que concepto, reclaman tal centralidad analítica que omitir esta perspectiva me parecería, por decir lo menos, problemático” (p. 210).

El concepto de imaginarios sociales interpela a diferentes disciplinas: la psicología, la ciencia política, los estudios urbanos, la historia, la lingüística, entre otras, que se encuentran convocadas a colaborar entre sí en la construcción de este campo indagativo. Coherentemente con este supuesto, las líneas argumentales que el autor establece trascienden la disciplina sociológica; de hecho, para superar la “trampa monodisciplinaria”, desarrolla un diálogo permanente con la antropología, la filosofía y la psicología social en la explicación de los fenómenos. Por otra parte, autores como C. Castoriadis, L. Pintos y G. Durand le brindan elementos conceptuales y orientaciones teóricas para elaborar su propuesta.

El libro está compuesto en esencia por tres grupos de trabajos: un primer conjunto de capítulos que se abocan a restituir el lugar de la imaginación como parte del proceso de construcción de la realidad, en particular de los imaginarios sociales como un objeto de estudio de las ciencias sociales. El autor traslada una mirada científico-social a esta materia de investigación y presenta de manera exhaustiva ocho argumentos centrales:

1. Los imaginarios son sociales en el sentido de que no hay individuos fuera de la sociedad, ni construcción de sociedad que no lo sea por individuos.
2. Los imaginarios son, además, compartidos socialmente como verdaderos homologadores de todas las maneras de pensar, de todas las modalidades relacionales y de todas las prácticas sociales que reconocemos y asumimos como propias en nuestra sociedad, lo que no implica que tengan un carácter universal, pues no están exentos de oposiciones provenientes de la heterogeneidad característica de una sociedad. Si se reconoce una pluralidad de configuraciones socioimaginarias, siempre presente, el monopolio de las homologaciones puede resultar del logro de hegemonía de un imaginario sobre otro(s) y, en este sentido, es posible identificar imaginarios sociales dominantes e imaginarios sociales dominados.
3. Pueden estar anclados y ser reconocidos por pequeños grupos sociales o por extensos mundos sociales, pero siempre son un producto de la interacción social entre las personas.
4. Los imaginarios sociales son ambivalentes respecto a la sociedad; son y no son funcionales a ella por el hecho de no contar jamás previamente con una "eficacia política" o decisional propia.
5. Se constituyen en ese mínimo común denominador (sentido básico) de la vida en sociedad, capaz de garantizar conexión con todas las dimensiones reconocibles del tiempo: pasado (historia), presente (acción) y futuro (utopía). De esta forma, una vez construidos, tienen la capacidad de influir y orientar las prácticas y los discursos.
6. Dotados de historicidad, al igual que toda obra humana, los imaginarios sociales no pueden sino reconocer, en definitiva, sus propios contextos de elaboración, de los cuales son parcial o totalmente tributarios.
7. Se construyen a partir del lenguaje, a través de una especie de conexión asociativa por semejanza de sentido con figuras arquetípicas del inconsciente colectivo y que le sirven de inspiración.
8. Por último, los imaginarios permiten dar inteligibilidad a la realidad social, de modo que pueden actuar como esquemas de atenuación de efectos aterradores con motivo de determinados procesos inevitables para nuestra condición de seres humanos en general (miedo a lo sublime, a lo desconocido); por eso producen efectos concretos sobre los sujetos individual y colectivamente.

El resultado de este esbozo teórico es una formulación del concepto de imaginarios sociales como matrices de significación fundamentales en la construcción de la realidad, cuyos contenidos de significación son compartidos socialmente al ser socializados, homologados y aplicados por un grupo social, “los imaginarios son múltiples y variadas construcciones mentales (ideaciones) socialmente compartidas de significancia práctica del mundo, en sentido amplio, destinadas al otorgamiento de sentido existencial” (p. 20).

Sustentado en lo anterior, un segundo momento del texto de Baeza agrupa una serie de capítulos dedicados a sentar las bases de un modelo de análisis que hace énfasis en el componente imaginario de muchos de nuestros constructos de pensamiento, y que puede ser aplicado a la producción de diversas formas de discurso –texto literario, guión cinematográfico, mensaje verbal publicitario–, así como a datos textuales producidos en el ámbito de la investigación social, mediante diversas técnicas (entrevistas, grupos de discusión, observación etnográfica, etcétera). En palabras del autor, el gran desafío consiste en “intentar alcanzar la profundidad de las subjetividades actuantes en los distintos escenarios sociales; en mi opinión, tras este objetivo se consagra finalmente la primacía de *lo cualitativo* en los procesos de investigación científico-social” (p. 71). En este contexto, el modelo de aplicación analítica propuesto trasciende las explicaciones deterministas de los fenómenos sociales; sus bases epistemológicas se encuentran en la fenomenología del filósofo E. Husserl y en la sociología de A. Schütz.

El análisis sugerido sigue esta lógica: el punto de partida es un ámbito de preocupación central para el ser humano, una interrogación que adopta la característica de “enigma”: Dios, la razón, la naturaleza, la patria, entre otros. Posteriormente se construye una posible respuesta en torno a una opción principal denominada “valor central de respuesta”, que se apoya en un principio excluyente y, por lo tanto, en el mismo ejercicio desecha una opción considerada (por ejemplo, frente a Dios se excluye simultáneamente la no presencia de Dios). Así, de acuerdo con el autor, la opción o respuesta principal se constituye en el eje articulador sobre el cual se construye todo el edificio imaginario, similar a lo que Castoriadis denomina *imaginario radical*.

Al núcleo central, que puede ser original o inducido, se le añadirán factores culturales; contextos sociales, políticos y económicos; constructos ideológicos preexistentes; los “basamentos mítico-ideacionales” de un imaginario social que dota tácitamente de historicidad y contextualidad y cuya incorporación complejiza el modelo. La superposición de elementos, sin pretender alcanzar exhaustividad, debiera al menos dar cuenta de una globalidad de sentido. En este proceso de análisis de los imaginarios sociales, el investigador tiene la tarea de identificar en primera instancia el elemento “mítico-fundacional” y los componentes de los imaginarios, para después efectuar una contraposición pertinente y correlativa de aquellas ideaciones desechadas por presunta negatividad.

En un tercer momento del libro pueden agruparse varios capítulos orientados a desarrollar una base empírica de análisis, condición indispensable del trabajo teórico, pues

la puesta a prueba empírica de algunos primeros resultados muestra la aplicabilidad del modelo en diversos campos de la experiencia humana: la religión, la política, las identidades nacionales, etcétera.

Se parte de la premisa de que los imaginarios sociales actúan como matrices de significación práctica ampliamente compartidas, por lo que contribuyen a brindar seguridad y confiabilidad frente a los enigmas de la vida social. De ahí que Baeza reconozca que la religión configura un campo privilegiado para la construcción imaginaria, partiendo de la intuición fundamental de que Dios o los dioses existen, la intuición por sí sola no lograría explicar la religión. “Dios se hace plausible, no solamente para alguien que en su foro interior siente su presencia, sino para una importante comunidad de creyentes, no por la transmisión directa de una intuición básica individual de un sujeto a otro, sino mediante una institucionalización simbólica –en el sentido de Castoriadis– llevada a cabo a gran escala por mecanismos socioimaginarios” (p. 91). Por lo tanto, el autor hace especial hincapié en la ambivalencia que tienen los imaginarios sociales de tipo religioso, pues los imaginarios sociales son estructurantes del sentido religioso, pero, paralelamente, los imaginarios religiosos se estructuran desde las Iglesias. Entonces la praxis religiosa se construye tanto desde arriba como desde abajo, desde las instituciones eclesíásticas y desde los imaginarios sociales religiosos. Esta condición autónoma y a la vez dependiente, estructurante al tiempo que estructurada, también es posible reconocerla en el tema de las identidades sociales que, como objeto de estudio de las ciencias sociales, va adquiriendo mayor relevancia. En esta línea de reflexión, las identidades nacionales refuerzan el elemental sentimiento de pertenencia a un territorio y a un discurso socioimaginario que sostiene un sentido de “lo nacional” que, por un lado, se arma desde los mitos fundacionales patrióticos, gestas heroicas cargadas de simbolismo y, por otro, desde el Estado, el cual contribuye poderosamente a la estructuración de ese mismo imaginario; “no hay concepto de patria sin un imaginario social de tipo patriótico que sustente la plausibilidad de lo nacional” (p. 97).

Los acercamientos empíricos a la memoria colectiva, la ideología y la posmodernidad, desarrollados en el libro, resultan sugerentes al poner en el centro del análisis las transformaciones de los imaginarios sociales de la política en Chile. La tecnificación extrema en la administración de los temas del Estado, junto a la idea del aprovechamiento de los asuntos públicos para fines privados de los políticos, son los dos aspectos que dibujan las nuevas formas socioimaginarias mediante las cuales se percibe la vida política actual. Un imaginario negativo que refuerza la asociación simbólica entre lo político y lo “sucio”, pese a los cambios efectivos en el modelo político, tendientes a una mayor libertad individual y colectiva. La estructura socioimaginaria en la que se organiza discursivamente el enigma del caso de la política chilena en los años noventa y 2000 se sustentaría en una oposición nuclear pureza/impureza, a partir de la cual se elabora la respuesta. “Una impureza caracterizante de la actividad política, el hecho mismo de hacerse

representar por alguien que profesionalmente actúa en un medio impuro conduce a un descrédito de los fundamentos mismos del sistema político representativo” (p. 179).

Las conclusiones de este trabajo abarcan tres ámbitos de interrogaciones con las cuales los imaginarios sociales tienen vínculos ineludibles: la dominación, los valores, y los asuntos de la polis, cada uno de los cuales acompaña el avance del texto, en ocasiones de manera implícita y otras con mayor visibilidad.

En primer lugar, los imaginarios sociales están relacionados con un tema fundamental para la sociología: el de la dominación, y es que los imaginarios sociales, como condición misma de lo social, se consideran verdades incuestionables y adquieren el carácter de naturales. El autor argumenta, que la historia universal del poder en las sociedades humanas es la historia de la conquista, por distintos medios, de la significación y de su legitimación a escala social (p. 203), es decir, en esta lucha de poderes, a menos de que se solidifiquen en estructuras mentales profundas, los imaginarios sociales pueden cambiar y, frente a los nuevos enigmas de la sociedad, dar paso a otros imaginarios. En segundo lugar, el concepto de imaginarios se conecta con el ámbito de los valores, pues al invocarlos se convoca a la supremacía de una serie de significaciones socialmente compartidas. La libertad, la justicia, la democracia, los derechos humanos, no pueden ser entendidos sólo como principios abstractos; para su concreción material requieren mecanismos socioimaginarios encarnados en seres humanos que animan los distintos ámbitos de la vida social. En tercer lugar, los imaginarios establecen en sentido amplio una relación con los asuntos de la polis. La perspectiva de los imaginarios es clave para el reencantamiento de la política y la convivencia democrática. La cercanía entre la política y la ciudadanía es, al fin y al cabo, la proximidad entre el ejercicio de la primera y el imaginario social de la segunda (p. 209). La tecnocratización de la política, la falta de debates de fondo y una visión reducida de la política a la práctica individual expresan una miseria utópica, que reclama la centralidad analítica de los imaginarios sociales.

Para concluir, cabe señalar que el texto de Baeza presenta una visión unificada acerca de la teorización y el análisis concreto de los imaginarios sociales, aunque por momentos da la impresión de que cada capítulo podría leerse independientemente.